

El cumplimiento del plan de Dios y el sacrificio de Jesucristo

En el deseo de Dios por perdonar los pecados de la humanidad, Él no sólo se condujo con amor, necesariamente tuvo que, al mismo tiempo, satisfacer su propia justicia, de lo contrario Él habría dejado de ser el Dios de justicia (Gn 18:25; Sal 98:9), pues al haber pasado por alto su propia rectitud habría ido contra su misma naturaleza santa y justa. Dios es justo y, por lo tanto, el juicio de Dios ha de ser consecuente con este atributo tan importante, de ahí que lo que la muerte de Jesús hizo haya sido precisamente eso: vindicar el carácter santo y justo de Dios, de modo que su justicia queda en evidencia al condenar el pecado en su Hijo (lea Is 53:11), y su amor se hace notorio al tomar éste nuestro lugar.

Entendiendo todo esto, en su primer discurso, el apóstol Pedro explicó que Jesús, si bien fue prendido y matado por manos de inicuos, fue *“entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios”* (Hch 2:23). A los años después se refiere a Jesús como *“un cordero, sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo...”* (1P 1:19-20). Mientras los creyentes en Jerusalén alzaban unánimes la voz a Dios, en alabanza, recordaban las palabras de David, entendiendo que se aplicaban a Jesús, contra quien se unieron *“Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera”* (Hch 4:27-28). Jesús le dijo a Poncio Pilato que *“Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba”* (Jn 19:11). Todo esto quiere decir que, estrictamente hablando, la muerte de Jesús no fue ni un accidente, ni un asesinato premeditado por el hombre; fue, con todo, el cumplimiento del plan de Dios (aún cuando quienes le condenaron llevaron sobre sí, por supuesto, la responsabilidad de ese acto (Mt 26:24)), el cual dispuso de su propio Hijo a fin de hacer expiación (cubrir) por el pecado, y satisfacer con ello su propia justicia.

En el programa *Larry king live*, de CNN, a la pregunta de *¿quién mató a Jesús?*, John Macarthur responde: «Si preguntamos, al final de cuentas, quien mató a Jesús, Dios mató a Jesús, porque Él tenía que ponerlo en la cruz por nuestro pecado...».

Es importante mencionar que Jesús tenía todo el poder y toda la capacidad para zafarse de esta situación, podría haber no optado por la muerte, no obstante no usó de su autoridad para ello, sino que, conociendo y acatando la voluntad del Padre, se entregó en obediencia, cumpliendo hasta el final los designios que desde la eternidad habían sido elaborados por Dios (lea Mt 26:39, 42; Fil 2:8, como referencias a esto). Corresponde referirse a aquel incidente que tuvo lugar durante el arresto de Jesús en Getsemaní. Juan cuenta que mientras esto ocurría *“Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote (Malco), y le cortó la oreja derecha”* (Jn 18:10). Mateo dice que al momento de suceder esto, Jesús reprende a Pedro mandándole guardar su espada y luego le dice: *“¿Acaso no piensas que no puedo orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?”* (Mt 26:53-54). Poniendo la debida atención a estos últimos pasajes, podemos dimensionar lo tremendo de esto: Jesús podría haber evitado todo lo que pasaría durante las próximas doce horas, y aunque con esto no se hubiese cumplido el designio de Dios, éste habría concedido a la petición de su Hijo enviándole al instante más de doce legiones de ángeles. En mi opinión parece obvio que Jesús tenía en mente el concepto de una “legión romana”, la cual, según nos cuenta Tito Livio (59 a.C.-17 d.C.), estaba compuesta de entre 6000 y 6300 efectivos. Esto es entonces sorprendente, el Señor, teniendo el poder para convocar al instante a más de ¡75000 ángeles!, no usó de dicha autoridad, sino que se mantuvo en el Plan de Dios, entregándose así voluntariamente a su propia muerte. Acerca de este relato el pastor William Barclay escribió:

«Aceptó su muerte *voluntariamente*. No tenía porqué ir a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Una vez allí, no tenía porqué haber seguido esta política de desafío imponente. Aún en el huerto, podría haberse evadido para ponerse a salvo, porque era de noche, y tenía amigos que le habrían ayudado a salir de la ciudad. Aún aquí, Él podría haber invocado en su ayuda el poder de Dios, y haber derrotado a sus enemigos. Todos sus pasos de los últimos días dejan bien claro que Jesús entregó su vida, y que nadie se la quitó. Jesús no murió porque los hombres le mataron, sino porque Él escogió morir.

»Escogió morir porque sabía que ése era *el propósito de Dios*. Siguió ese camino porque era lo que los profetas habían anunciado. Lo asumió por ser el amor el único camino».

Toda esta idea tiene total sentido cuando la complementamos con pasajes como Marcos 10:45, en donde leemos las propias palabras del Señor diciendo: *“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”*. También en Juan 10:11 leemos la declaración que Jesús hace de sí mismo: *“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas”*. Pero más significativa hace aún a esta declaración lo que sigue en los vv 17 al 18, *“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida... Nadie me la quita, sino que de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar.”*

“¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?... Mas todo esto sucede, para que se cumplan las Escrituras de los profetas” (Mt 26:54, 56)

Era claro para Jesús que pasajes como Génesis 3:15 o el Salmo 20; el Salmo 69:20-21; también Isaías 52:13-53:12, pasajes que Él bien conocía, eran profecías relacionadas con el calvario y que se habrían de cumplir en Él, por lo tanto todo esto estaba ocurriendo simplemente del modo en que estaba profetizado que ocurriera. De ahí en adelante Jesús se entregaría, no pondría resistencia alguna, y más aún, muy poco sería lo que en adelante hablaría. Se cumpliría lo dicho por el profeta Isaías: *“Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca.”* (Is 53:7).

Pablo no olvida esto, por ello insiste a los corintios en lo que ya les enseñó, lo cual asimismo recibió: *“Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”* (1Co 15:3). La referencia a las Escrituras nos revela que, con todo, estamos frente al cumplimiento de un propósito divino, como dijo Leon Morris, “un propósito revelado en la Biblia”. No puedo dejar de mencionar, por último, las palabras de Pablo dirigidas ahora a un grupo de judíos de una sinagoga en Antioquía de Pisidia durante su primer viaje evangelístico, a estos les explica: *“Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernadores, no conociendo a Jesús, ni las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo, las cumplieron al condenarle. Y habiendo cumplido todas las cosas que de él estaban escritas, quitándolo del madero, lo pusieron en el sepulcro”* (Hch 13:27, 29).

Como ya se dijo antes, la muerte de Jesús no fue ni un accidente, ni un asesinato premeditado por el hombre; fue, con todo, el cumplimiento del plan de Dios.

Dios envió a su Hijo al mundo, lo entregó por todos nosotros (Ro 8:32), pero también leemos que este se ofreció voluntariamente al Padre (Gál 1:4; 2:20; Ef 5:2; Tit 2:14; 1Jn 3:16), Juan, de hecho, escribe: *“En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros”* (1Jn 3:16). Aquí no hay contradicciones, sino que simplemente la revelación de un plan que existía en la mente de la Deidad desde antes de todas las cosas, un plan diseñado por el Todopoderoso, en donde la Persona del Hijo se entrega a sí mismo para hacer el pago por nuestros pecados, y así Dios ser propicio para con los hombres, justificándoles. A través de este sacrificio, Él puede hacer justicia al poner a Cristo en nuestro lugar, y también puede actuar en favor de los hombres, perdonando y

olvidando sus pecados, cuando estos, en fe y arrepentimiento, acuden a Él. Este sacrificio no fue algo que logramos extraerle a una Deidad poco dispuesta a perdonar, sino la dádiva gratuita de un Dios de amor que está ansioso por hacerlo. Esta *dádiva gratuita*, llamada *gracia*, la gracia divina, es la fuente de la justificación, y, junto con la fe en Jesucristo, constituyen la razón por la cual el hombre puede ser salvo (1Ti 1:9).

Ciertamente el haber puesto el Padre al Hijo en nuestro lugar fue y sigue siendo una evidencia clara de ese amor inconmensurable, sin precedentes, que es atributo propio de la naturaleza de Dios. Y, aunque suene reiterado lo que voy a decir, nunca escatimaré fuerzas para señalarlo, pues me rebosa el corazón de gozo el vislumbrarlo y ser parte de una era en la que la revelación es tan clara que no vemos sólo las *sombras de los bienes venideros*, sino que *la imagen misma de las cosas*, con todos sus detalles y contornos, matices y dimensiones. Apreciemos entonces, una vez más, toda esta imagen o cuadro revelado:

El Dios Justo actúa en consecuencia, haciendo justicia, cargando sobre su Hijo no sólo el pecado de todos nosotros, sino que derramando sobre Él toda su ira. El precio es entonces pagado, saldada la deuda, honrada la ley, satisfecha la justicia divina. Ahora Dios puede ser propicio, ha habido pues expiación para los pecados por medio de la sangre de Jesucristo. Todo cuanto a cada uno de nosotros nos tocaba recibir de manera justa, por causa de nuestras transgresiones en contra de Dios, *ha pasado ya de nosotros*, no por haber causado lástima en Dios, ni por haber en nosotros mérito alguno; sino porque Él mismo llevó sobre sí toda la condenación, ocupando nuestro propio patíbulo. Se trata del cuadro más sublime de amor que pueda alguien apreciar, uno que con ninguna religión ni filosofía en el mundo se puede asemejar, en cuya escena el Dios Juez de toda la tierra extiende su mano de misericordia hacia una humanidad caída, que sin posibilidades de poder volver a su Hacedor por sus propias fuerzas y derechos, tiene ahora la posibilidad de gozar de una comunión plena, sin restricciones, tan sólo por la gracia de este Dios de amor que no tuvo que despojarse de su propia justicia para hacerlo, pues no hay en Él conflicto alguno, ni contradicción alguna, sino que en su propio ser infinito coexisten, si se me permite la expresión, los atributos propios de su carácter actuando juntamente y en perfecta armonía. ¡¡Alabado sea Dios por esto!!

[Tomado de "**La Teología de la Salvación**" de Mauricio Jiménez V.]